

Y al ver que el levonobol
 Muestra en su escudo que
 Rpa. envidia que el hecho
 El finca con su vida
 Tenen sus trinchas y
 Y se se hacen un plato
 Las trinchas y sus trinchas

ROMANCE TERCERO.

LA GUERRA Y LAS BODAS.

La luz del siguiente día
 Halló á los hijos de Chalco,
 De armas y escudos provistos,
 Sus trincheras coronando.

Salieron de asilo en busca
 A los pueblos inmediatos
 Y en confusion, los enfermos,
 Niños, mujeres, ancianos.

Y cuando anochece, tornan
 Con apresurado paso
 Los *quimichtin* ó ratones,
 Espías que disfrazados

Observan los movimientos
 Y número del contrario,
 De que á la ciudad se acerca
 Aviso certero dando.

No el cielo el alba teñía
 Con sus arboles claros
 Cuando, á la vista, en el monte
 Los de Texcuco hacen alto;

Y al mismo tiempo se advierte
 Que con hostil aparato
 Naves infinitas cubren
 La superficie del lago.

Al llegar Matlalcihuátzin
 A Texcuco y al palacio,
 Halló en inquietud profunda
 Al pueblo y los soberanos.

Sin detenerse á explicarles

Su proceder, demudado
 El rostro y en él visibles
 La cólera y el espanto,

Les grita: “¡Guerra sin tregua
 Ni compasion al tirano!
 Las víctimas, pueblo y reyes,
 Esto os dicen por mis labios.

“Sus cadáveres alumbran,
 Puesta la tea en las manos,
 El trono de su verdugo
 Y nuestro comun agravio.

“Yo le ofrecí que por ellos
 Los tres pueblos aliados
 Presto irian, y él lo duda;
 Cumplid mi palabra y vamos!”

Atónitos los tres reyes
 Con tal discurso quedaron,
 Y en vano Nezahualcóyotl
 Quiso reprimir el llanto;

Mas, reponiéndose luego,
 Tendió la diestra en el acto
 A Totoquihuátzin triste
 Y á Moctezuma asombrado.

Un relámpago de ira,
Fiel compañero del rayo,
De los tres brilló en los ojos
Y á un tiempo los tres clamaron:

“¡A castigar su martirio!
¡Sin dilacion á vengarlos!”
Y la nobleza y el pueblo
A una voz responden: “¡Vamos!”

En poder y artes de guerra
Como el primero y más sabio,
De la resuelta campaña
Tuvo Moctezuma el mando.

Dispuso que el no vencido
Ejército texcucano,
Con su rey á la cabeza,
Por tierra atacase á Chalco;

Y él, de México y Tacuba
Con los combatientes bravos
Y llevando al animoso
Totoquihuáztin al lado,

En innumerables botes

Que al punto listos quedaron,
Ir por el agua y á un tiempo
Dar irresistible asalto.

Saliendo el sol encendido
Por el Oriente lejano,
Nezahualcóyotl revista
Pasó á los fieles soldados.

En compañías formóles,
A cada cual señalando
Rico estandarte diverso,
Gefe aguerrido y bizarro.

Cual campo de trigo ondean,
De la brisa á los halagos,
Con primorosos matices
Las plumas de los penachos.

Brillan las astas de cobre
De las picas y los dardos,
Y ya impaciente el hondero
Coloca en la cuerda el canto.

El rey, subiendo á la cima
De no distante collado,

Sonoro atambor golpea
De su espada con el mango ;

Y esta señal no bien oyen
Todos los guerreros, cuando,
Tal como represas aguas
Si el dique á romper llegaron,

Con alaridos siniestros
Se precipitan al llano,
Hasta chocar contra el muro
De los parapetos altos.

Lanzan y reciben flechas,
Hieren y matan, y, al cabo,
Sus propios muertos y heridos
Haciendo servir de andamio,

Aparece en la trinchera
Ajoquentzin temerario,
Hijo del rey, que ha ofrecido
Vengar á sus dos hermanos.

Nezahualcóyotl que asiste
A la lid y mira el daño
Que tomar, tras rudo esfuerzo,
Un solo punto ha causado,

Manda replegar sus tropas
A más de quinientos pasos ;
El grueso dellas oculta
Entre quiebras y arbolados,

Y hace que algunos dispersos,
Armas y escudo arrojando,
Corran por distintos rumbos
Con apariencias de espanto.

Creyéndose vencedores,
Del muro, poco avisados,
Salieron los enemigos
En gran desórden al campo.

Quiso el mismo Toteótzin
Gozar con el espectáculo
De la atroz carnicería
Que iba á hacerse en los contrarios ;

Y avanza en régia litera
Que llevan mancebos cuatro,
Y ordena que á los vencidos
Se persiga sin descanso.

En el momento oportuno
Y en ancho sitio escampado,
Cayóles Nezahualcóyotl

Como á su presa el milano.

Recia fué la nueva lucha,
Silban la piedra y el dardo,
Chocan escudos y picas,
Suenan la maza en los cascotes.

El aterrador miquáhuitl,
De trozos de itztli erizado,
De la cabeza á las plantas
Hiende á los hombres de un tajo.

De su torpeza inaudita
El triste efecto palpando,
Volver á sus parapetos
Quiéren, al fin, los de Chalco.

Mas ya coronan el muro,
Después de haber arrollado
A las huestes defensoras
De las orillas del lago,

Los de México y Tacuba,
Y al acercarse acosados
Aquellos indios, reciben
Lluvia de flechas y cantos.

Como en remolino un punto

Al pié del muro vagaron;
Y, al ver que al frente y la espalda
Tienen al mismo adversario,

La serie quizá recuerdan
De los funestos presagios,
Juzgan la defensa inútil,
Ceden, tal vez, al cansancio:

Lo cierto es que allí se rinden
Al vencedor inhumano,
Y este, según la costumbre,
Entró la ciudad á saco.

En la espesura del bosque
El tiranuelo entretanto,
Presa de hondísima angustia,
Trata de ocultarse en vano.

Volviendo para Texcuco
Ajoquentzin que, guiado
Por la princesa, los cuerpos
Entró á sacar del palacio,

Y los conduce en tapextles
En hombros de los esclavos,

Para darles sepultura
Decente en el suelo patrio;

La abandonada litera
Divisa en el monte, á un lado
Del camino, y que no lejos
El monstruo estará, juzgando,

Intérnase y escudriña
Grutas, malezas y cuanto
Servir de refugio puede
A quien teme fin aciago.

De su empresa ya desiste
Y va á retirarse, cuando
Del sendero en un recodo
Halla al viejo al pié de un árbol.

Cércanle algunos guerreros,
Ponen flechas en los arcos
Y sobre el jóven disparan
Y yerran todos el blanco.

Ajoquentzin el miquáhuitl
Audaz empuña y, de un salto,
Contra los chalqueños cierra
Y á dos hiere de alto abajo.

Huyen los demas, y entonces
Asiendo al señor baldado
Por los cabellos, le arrastra
Sin compasion trecho largo

Hasta el pié de los tapextles,
Donde con mortal desmayo
De sus víctimas el rostro
Mira el verdugo aterrado.

El vengador juzga inútil
Usar la espada y, en brazos
Tomando al viejo, le alza
Y estrella contra un peñasco.

Allí su cadáver deja
Para que sirva de pasto
A las aves de rapiña
Y de escarmiento á los malos.

Torna á seguir su camino
Y entra á Texcuco, llevando
De los príncipes los restos,
Cuando el sol muere en Ocaso.

El botin se repartieron

Los tres pueblos coligados,
Y hace con el territorio
México el suyo más vasto.

Al volverse Moctezuma
Con insólito boato,
Lleva insignias y cautivos
Que inmola á sus dioses falsos;

En el templo, á la intemperie,
Como trofeos dejando
En sarta horrible suspensos
De vigas altas los cráneos.—

Así acabó en pocas horas
El señorío de Chalco,
Y así los pueblos acaban
Que, sin respeto á sus pactos,

Huellan justicia y decoro
Por complacer á tiranos;
Y así los crímenes destos
Pagan también los Estados.

Son dichosos y prosperan
Los pueblos, por el contrario,
Si sus destinos presiden
Varones justos y sabios.

De tal verdad vivo ejemplo
Nos dá Texcuco en sus fastos
Que posteriores desdichas
Jamás empañar lograron.

Nezahualcóyotl prudente
Rige allí con cetro blando,
Leyes admirables dicta
Y ajusta á ellas sus actos.

De la idolatría ciega
Desprecia los ritos bárbaros;
Presiente á Dios y prohíbe
Los sacrificios humanos.

Alza al Criador del cielo
Torre altísima de mármol
Y á ciertas horas del día
Se postra para adorarlo.

Premia la virtud, la ciencia,
Castigo impone al malvado;
Caritativo establece
Para los pobres abastos.

Si déjanle tiempo libre
Del gobierno los cuidados,
Ora examina las plantas,

Ora el curso de los astros;

Ora en sentidos poemas,
Que los siglos respetaron,
Espresa nobles afectos,
Traza pensamientos altos.

Y, venero de virtudes
Y de monarcas dechado,
Feliz el pueblo le aclama
De prosperidades vaso.

El cielo, sin duda, quiso
Premiar su mérito raro:
Del otoño de la vida
En los monótonos años;

Cuando para el hombre mueren
Toda ilusion, todo halago,
Y de la verdad terrible
Apura el cáliz amargo;

Vió los placeres más vivos
Del corazon renovados;
Del amor sintió la llama
Como en sus días tempranos.

De Matlalcihuátzin bella
El rostro lleno de encantos,
De su adhesion y su arrojo
Los inolvidables rasgos,

En el monarca sensible
Profunda impresion causaron;
Y, si antes iba con ella
A unirse en estrecho lazo

Para darse, en bien del pueblo,
Sucesor digno en el cargo
De regirlo, es ya su propia
Dicha el interes más caro.

Y así, pasados los días
De luto y bélico estrago,
Y en urna rica los restos
De los príncipes guardados;

De México y de Tacuba
Los dos monarcas llegaron
De nuevo, con la princesa
De Nezahualcóyotl faro.

Y, las tres cortes presentes,
En un salon del palacio,
Junto al fuego en limpia estera

Los contrayentes sentados,

Acércase el sacerdote
Y ata con sus propias manos
A un extremo del *huepilli*
La punta del regio manto.

Con él en torno del fuego
Dan siete vueltas entrambos,
Queman copal á los dioses
Y se hacen mútuos regalos.

Y, á la oracion y el ayuno
Por tres dias consagrados,
Al convite y los festejos
Salen los novios el cuarto.

El pueblo en calles y plazas
Se ejercita en juegos varios.
Ora los jóvenes corren
Por el arenoso estadio,

Y lánzanse unos á otros
Con fuerza el balon elástico,
Y á los voladores trepan;
O bien luchan brazo á brazo,

Y los apuestos guerreros,
En compañías formados,
De combates diferentes
Ensayan fiel simulacro.—

Del palacio de Texcuco
En los jardines, en tanto,
Sobre el césped, bajo el cielo
Que ilumina el sol de Mayo,

En banquete suntuoso
Para celebrar el fausto
Suceso, reyes y nobles
Aparecen congregados.

De plumas como el armiño
Tienen los novios penacho;
Los dos la corona ciñen
Con majestad y recato.

Un corpulento sabino
Dosel espléndido y vasto
Les forma con su ramaje,
En que gorjean los pájaros.

Cual cristalinas serpientes
Surcan arroyuelos mansos
La pradera, y ancho espejo

Parece el dormido lago.

Levanta al cielo su cima
Popocatépetl gallardo,
Pero su cráter humea,
De nueva erupcion amago.

De aquel paisaje al aspecto,
Sus votos viendo colmados
Y en su presencia á los seres
De su corazon pedazos;

De las pasadas desdichas
Sintiendo tal vez el rastro,
O aquella vaga tristeza
Que nunca abandona al sabio,

Ordena Nezahualcóyotl
Que en dulce acordado canto
Los músicos estos versos
Repitan por él trazados:

“Duran placeres y honores
Que los humanos aguardan
Con avidez, lo que tardan
En marchitarse las flores.

“Somos fugitiva pluma

Que al viento menor se entrega,
Heno de la fértil vega,
Copo de frágil espuma.

“Pompa, cetro, dichas, gloria,
¡Ay! de vuestras vanidades
A las futuras edades
No queda ni la memoria!

“¿Qué obtiene con sus desvelos
Y afan el hombre en su nada?
¿Do está la tumba ignorada
De mis ilustres abuelos?

“Goce el ánima del día
Que alegre venga y dichoso;
Mas no en plácido reposo
Con la fortuna se engría.

“Vamos solo de camino
Por esta quebrada sierra:
Nuestra posada es la tierra
Y el cielo nuestro destino.”

Cesa el cántico y, al lejos,
El eco remeda tardo
Del teponaxtili y las voces
Los graves concetos blandos.

Y es fama que el auditorio
De reyes y cortesanos
En quienes tristes ideas
Los versos ponen acaso;

De la reciente campaña
Los sucesos recordando,
Y al ver del Popocatépetl
El humo con sobresalto,

La vanidad de la vida
Y del placer lo instantáneo
Medir un punto pudieron
Con entendimiento claro;

Y la reflexion les hizo
El bien presente más grato,
Y, de miedo de su fuga,
Diéronse prisa á gozarlo.

Tambien la historia nos dice
Que destas bodas al año,
La reina dió á luz un niño
Nezahualpíli llamado;

Que fué del trono heredero,
De su padre fiel retrato,
Terror de los enemigos,
Idolo de sus vasallos.

LA PRINCESA PAPANTZIN.

A MI AMADO PADRE

EL SR. D. JOSE MARIA RODRIGUEZ ROA.